

Dit que les biens, les seuls biens de la vie,
Sont le repos, l'aisance et la santé.
Il s'est mépris : quoi dans l'heureux partage
Des dons du ciel faits à l'humain séjour,
Ce triste Anglais n'a pas compté l'amour!
Qu'il est à plaindre! il n'est heureux ni sage.

En el lugar del amor colocad la amistad, y veréis cuantísimo faltáis á mi contento. Protegedme al menos como si hubiera venido al mundo en Moulins; tened piedad de esa pobre *Alcira* que, según me dicen, están imprimiendo de contrabando por esos mundos de Dios, como imprimieron *Julio César*. Cruento es en verdad el ver así descoyuntados á los propios hijos. *Monsieur Rouillé* puede con una palabra impedir que se me ocasionese este quebranto, y yo anhelo deberos esta obligación. Si me procuráis este excelente servicio, muy grande serán mis respeto y reconocimiento; y si me escribís, os querré con toda mi alma.

AL SEÑOR DE LA ROQUE

Cirey, 10 de febrero de 1736.

Señor: Me contraría grandemente el no poderos escribir de mi puño y letra, gracias á una ligera indisposición que padezco; así no disfruto sino la mitad del placer que en perfecta salud experimentaría, lo cual os probará lo sensibles que para mí son vuestras bondades, y en verdad, es grato merecer los parabienes de un nombre que, cual vos, conoce y ama todas las bellas artes. Por vuestro acendrado gusto, cortesía é imparcialidad, siempre traéis á mi memoria la idea del señor de La Faye, á quien nunca lamentaremos bastante. Mis ideas sobre las bellas artes son idénticas á las vuestras:

Vers enchanteurs, exacte prose,
Je ne me borne point à vous.
N'avoir qu'un goût c'est peu de chose;
Beaux-arts, je vous invoque tous.
Musique, danse, architecture,
Art de graver, docte peinture,
Que vous m'inspirez de désirs!
Beaux-arts, vous êtes des plaisirs;
Il n'en est point qu'en doive exclure.

Bien quisiera enviaros algunas de esas bagatelas que tanta indulgencia os inspiran; pero sabéis que los versos que á mis amigos dirijo de cuando en cuando, respiran una libertad que no acomodaría al público severo. Si entre estos libertinos, siempre de vestiduras muy ligeras, se encuentran algunos en armonía con la usanza del país, ya tendré el honor de hacer que lleguen á vuestras manos.

AL SEÑOR DE LAMARE

Cirey, 15 de marzo de 1736.

Señor: Confío en que al publicar alguna de vuestras obras lo haréis con puntualidad mayor de la que habéis puesto en la edición de *Julio César*. Permitid que mi amistad se lamente de que hayáis aventurado en vuestro prólogo algunas cosas sobre las cuales debierais haberme consultado previamente.

Decís, por ejemplo, que en determinadas circunstancias el parricidio se consideraba como una acción varonil y hasta virtuosa entre los romanos, y esta proposición había menester de urgente prueba.

La historia no nos muestra ningún ejemplo de un hijo asesino de su padre por la salud de la patria. El de Bruto es el único, y con todo no es seguro que fuera el hijo de César.

Yo entiendo que debierais haberos limitado á decir

que Bruto era estoico y casi fanático; feroz en la práctica de la virtud é incapaz de oír la voz de la naturaleza, tratándose de su patria, como su carta á César lo acredita.

Verosimil es que supiera que César era su padre, sin que por ello se modificaran sus designios; y precisamente es esta circunstancia, este singular combate entre la filial ternura y el furor por la libertad, lo que puede hacer interesante la obra; pues el presentar en ella romanos nacidos libres, senadores opresos por su igual, que conspiran contra el tirano y que con su propia mano ejecutan la venganza pública, es bien sencillo y natural; y Aristóteles (que en fin de cuentas era un genio, y de los más grandes), advirtió con suma penetración y profundo conocimiento del corazón humano que esta suerte de tragedia es lánguida é insípida, calificándola defectuosa entre la que más lo son: ¡en tal grado es veneno la insipidez que todos los placeres agosta!

Por consiguiente, hubierais podido decir que César era un grande hombre, ambicioso hasta la tiranía; y Bruto un héroe de otra índole á quien impulsó hasta el furor su amor á la libertad.

Fácil os hubiera sido advertir que los dos personajes aparecen condenables en la obra, y al mismo tiempo merecedores de compasión: en esto precisamente se fundamenta el artificio de la pieza. Y vuestro error se muestra más patente al decir que los romanos aprobaban el parricidio de Bruto, considerando que al fin de la tragedia aquéllos no se revuelven contra los conjurados, sino al saber que Bruto ha muerto á su padre. Entonces exclaman:

O monstre que les dieux devraient exterminer!

(Act. III, sc. VIII.)

Á la verdad, yo os dije que entre las *Cartas de Cicerón* había una de Bruto, de la cual puede inferirse que mató á su padre en pro de la causa de la libertad. Páreceme que habéis asegurado la cosa con demasiada certeza.

El traductor de la carta italiana del señor marqués de Algarotti, parece haber incurrido en error cuando asegura que es uno de los llamados *doctores umbratici* quien hizo la primera edición furtiva de esta pieza. Yo recuerdo que cuando el señor Algarotti me leyó su carta en italiano, en ella designaba á un preceptor, el cual, después de robar la obra, hizo que se imprimiera. Este hombre ha sido castigado; mas por lo que toca á la traducción, parece que quiso designarse á los profesores de la Universidad. El autor de la publicación que ve la luz semanalmente con el título de *Observaciones*, se ha aprovechado de este error para insinuar que el señor marqués de Algarotti había pretendido atacar á los profesores de París; pero este respetable extranjero, que tanto honra la Universidad de Padua, dista mucho de no apreciar la de París, en la cual, así puede asegurarse, nunca hubo tanta probidad ni tan buen gusto como al presente.

Si me hubierais enviado el prólogo os habría rogado la enmienda de estas bagatelas; pero vuestras faltas son tan poca cosa comparadas con las mías, que sólo éstas me ocasionan inquietud. Más grande sería mi error si dejara de quererlos y de deciros que en todo y por todo podéis contar siempre con mi concurso.

Á LA SEÑORA MARQUESA DU DEFFAND

Cirey, por Vassy, en Champagne, 18 de marzo de 1736.

Señora: Una enfermedad hartó dilatada me imposi-

bilitó de contestar hasta hoy á la encantadora carta con que me habéis honrado. Vos debéis preocuparos de esta enfermedad mía, ocasionada por el exceso de trabajo, pues en verdad sea dicho, ¿á qué fin van mis vigili-
 as encaminadas sino al deseo de complaceros y de merecer vuestra aprobación? La que á mis *Americanos* otorgáis, y, sobre todo, á la virtud sencilla é ingenua de *Alcira*, me consuela grandemente de todas las críticas de la pequeña villa situada á cuatro leguas de París y á quinientas del buen gusto, y que llaman la corte. Seguramente haré cuanto pueda por hacer de Guzmán un ser más tolerable: no quiero justificarme en lo tocante á un papel que no sea de vuestro agrado; pero permitidme formular esta pregunta: ¿Grandval, no me ha ocasionado algún perjuicio? ¿No ha exagerado el carácter de ese personaje? ¿No convirtió en feroz á quien yo quise sólo mostrar como severo?

Desde los primeros versos pensasteis, según me decís, que este Guzmán llevaría á su padre á la horca. Sin embargo, el primer verso que profieren sus labios es éste:

Quand vous priez un fils, seigneur, vous commandez.

¿No dispone de la autoridad de todos los virreyes del Perú? ¿Por qué esta inflexibilidad no ha de poder armonizarse con los sentimientos filiales? Sila y Mario profesaban cariño á sus padres respectivos.

Finalmente, la pieza está fundada en el cambio de sus sentimientos; y si éstos fuesen dulces, tiernos y armónicos en el primer acto, ¿qué diablos habría podido hacerse en el último?

Permitidme que os hable de Pope con mayor detenimiento: me decís que el amor social hace que todo lo existente ande á las mil maravillas: primeramente no

es el que llama *amor social* (por manera inadecuada), lo que en su sistema constituye el fundamento y la prueba del orden del universo. Todo cuanto existe está bien, porque lo creó un Ser infinitamente sabio; tal es el objeto de la primera epístola. Luego llama amor social, en la última epístola, á la benéfica Providencia, mediante la cual mutuamente se sirven de subsistencia los animales. Milord Shaffestury, el primero que ideó en parte este sistema, pretendía, y con razón, que Dios había comunicado al hombre el amor de sí mismo para obligarle á conservar su ser, y que el *amor social*, es decir, un instinto muy subordinado al amor propio que va junto con este gran resorte, es el fundamento de la sociedad.

Pero es bien extraño achacar á no sé qué amor social existente en Dios el furor irresistible, merced al cual todas las especies animales son llevadas á devorarse unas á otras. Cosa es ésta que á simple vista se reconoce, cierto; pero que seguramente no puede llamarse amor.

Toda la obra de Pope pulula en tenebrosidades semejantes, bien que haya cien admirables relámpagos que iluminan á cada paso las tinieblas. Vuestra brillante fantasía debe, sin duda, estimarlas, porque lo hermoso y luminoso constituye vuestro natural elemento. No temáis escribir disertaciones ni os avergüence el unir á los encantos de vuestra persona, la fuerza de vuestro espíritu.

Os suplico que me procuréis las bondades del señor presidente Hénault, el más recto espíritu y el más amable de cuantos conocí. Mil respetos y mi cariño eternos.

AL SEÑOR ABATE MOUSSINOT

TESORERO DEL CABILDO DE SAN MERRY, EN PARÍS

Cirey, 21 de marzo de 1736.

Mi querido abate: Mil veces mejor prefiero vuestra arca que la de un notario, y en nadie confiaría tanto como en vos: vuestros talentos van al par de vuestra virtud; érais apto para ejercer el cargo de procurador general de la *orden* de los jansenistas (ya sabéis que llaman *orden* á su unión: tal es su jerigonza: cada comunidad y cada sociedad tiene la suya).

Ved, pues, si queréis encargaros del dinero de un indevoto, haciendo por amistad á este indevoto lo que por deber hacéis por vuestro cabildo. Podréis, cuando llegue el caso, hacer buenos negocios de cuadros, y ós prestaré mi dinero para depositarlo en vuestras arcas. Mis negocios, ya lo sabéis, son corrientes y sencillísimos; seréis mi subintendente, sea cual fuere el lugar en que me halle; hablaréis por mí y en vuestro nombre á los Villars, Richelieu, d'Estaing, Guisa, Guebriand, d'Auneuil, Lezeau y demás deudores ilustres de vuestro amigo. Cuando por el amigo se habla, se solicita justicia; cuando soy yo quien reclama esta justicia, diríase que pido gracia, y esto es precisamente lo que quisiera evitar.

Más aún; obraréis como ministro plenipotenciario, así en lo relativo á las pensiones que recibo por conducto de los señores París, Duverney y Tenevot, primer oficial de la secretaría de Hacienda, como en lo relativo á mis títulos de la Casa de la Villa, y asimismo en punto á las acciones y á las cantidades que poseo

en diversas notarias. En espera de vuestra respuesta, os ruego que busquéis á un joven llamado Baculard d'Arnaud, estudiante de filosofía en el colegio de Harcourt, que vive en la calle de Mouffetard. Tendréis la bondad de entregarle de mi parte el manuscrito adjunto¹ y al mismo tiempo doce francos en mi nombre. Os suplico no descuidéis este servicio que os pido; el importe de ese manuscrito será para él. Os abrazo de todo corazón: queredme siempre, y, sobre todo, estrechemos los lazos de nuestra amistad, merced á la confianza y servicios mutuos.

Á M. BERGER

Cirey, 10 de septiembre de 1736.

Mi querido amigo: Sois el hombre más exacto y puntual de todos cuantos conocí; sería injusto no tributaros esta alabanza, y por mi parte estimo igual el interés que mostráis en vuestra exactitud.

He recibido carta singularísima del príncipe real de Prusia; os remitiré copia. Me escribe como Juliano escribía á Lilanio: es un príncipe filósofo, un hombre, y, por consiguiente, una cosa bien rara. Sólo cuenta veinticuatro años; menosprecia el trono y los placeres, y no ama sino la ciencia y la virtud. Me invita á que vaya á verle; pero yo le he dicho que por los príncipes no debe abandonarse á los amigos, y aquí, en Cirey, permanezco quedo. Si es que Gresset va á Berlín, sin duda quiere menos á sus amigos que yo á los míos. Envié á nuestro amigo Thiriot la respuesta de Libanio á Juliano; él hará que llegue á vuestro conocimiento.

1. *La Epístola sobre la calumnia.*

Pronto recibiréis el prólogo, ó, mejor, la advertencia de Liuant, puesto que ni vos ni Thiriot habéis querido hacer el prefacio de la *Henriada*. Seguid escribiéndome, mi buen amigo, esas encantadoras cartas, que valen mucho más que todos los prólogos habidos y por haber, y abrazad por mí á los Crebillón, Bernard y La Bruère. Adiós.

AL SEÑOR ABATE DE OLIVET

Cirey, 18 de Octubre de 1736.

Fict Aristarchus. Sois, mi muy querido abate, el mejor amigo y el mejor crítico del mundo. Ojalá hubieseis tenido la bondad de volver á leer la *Henriada* con los mismos ojos. La nueva edición está terminada. Hubiérais corregido muchas faltas convirtiéndolas en bellezas.

Vengamos ahora á nuestra oda. ¿Os gusta mejor este principio?

L'Etna renferme le tonnerre
 Dans ses épouvantables flancs;
 Il vomit le feu sur la terre,
 Il dévore ses habitants.
 Le tigre acharné sur sa proie,
 Sent d'une impitoyable joie
 Son âme horrible s'enflammer.
 Notre cœur n'est point né sauvage;
 Grands dieux! si l'homme est votre image,
 Il n'était fait que pour aimer.

 Colbert, ton heureuse industrie
 Sera plus chère à nos neveux
 Que la politique inflexible
 De Louvois, prudent et terrible,
 Qui brûlait le Palatinat.

ó,

De Louvois, dont la main terrible
 Embrasait le Palatinat.

Con estos cambios y los demás que indicáis, ¿creéis que puede salir á luz la obra, y que sea posible oponerla á la oda de monsieur Racine? Habladme algo del fondo de la pieza y habladme siempre como amigo. Si queréis, os enviaré de cuando en cuando algunas de mis locuras. Me divierto aún en hacer versos hasta cuando estudio á Newton. Ahora estoy ocupado en saber lo que pesa el sol. Este es otro género de locura. Me diréis: ¿qué importa lo que pesa con tal que gocemos de él? ¡Oh! importa mucho para nosotros los soñadores, porque está íntimamente ligado con el gran principio de la gravitación. Mi querido amigo y maestro, Newton es el hombre más grande que ha existido jamás, y lo es á la manera que lo son los gigantes de la antigüedad comparado con los niños que juegan al hoyuelo.

Et omnes
 Præcellit stellas exortus uti æthereus sol.
 LUCR., lib. III, v. 1056-57.
 Dicendum est Deus ille fuit, Deus.
 LUCR., lib. V, v. 8.

Pero no nos desalentemos; cojamos algunas flores en este mundo, que él solo ha medido, pesado y conocido. Juguemos bajo el brazo de ese Atlas que sostiene el cielo; hagamos dramas, odas, miserias. Queredme mucho y consoladme de ser tan pequeño. Adiós, mi querido amigo y maestro.

AL SEÑOR CONDE DE TRESSAN

Cirey, 21 de Octubre de 1736.

Tandis qu'aux fanges du Parnasse,
D'une main criminelle et basse,
Rufus va cherchant les poisons,
Ta main délicate et légère
Cueille aux campagnes de Cythère
Des fleurs dignes de tes chansons.

Loin ce rimeur atrabilaire,
Ce cynique, ce plagiaire,
Qui, dans ces efforts odieux,
Fait servir á la calomnie,
A la rage, á l'ignominie,
Le langage sacré des dieux!

Sans doute les premiers poètes,
Inspirés, ainsi que vous l'êtes,
Étaient des dieux ou des amants :
Tout a changé, tout dégénère,
Et dans l'art d'écrire et de plaire;
Mais vous êtes des premiers temps.

¡ Ah! caballero, vuestra encantadora epístola y vuestros versos, que, como vos, respiran gracia, merecerían otra respuesta. Pero si hubiera que enviaros versos dignos de vos, no podría contestaros nunca; me dáis en todo ejemplos que estoy muy lejos de seguir. Hago todo lo que puedo; pero desdichado el que tiene que esforzarse.

Vuestro recuerdo y vuestra amistad llenan de encanto mi corazón, tanto como vuestros versos despiertan mi imaginación. Me atrevo á confiar en vuestra amistad. No hay felicidad que no aumente con vuestro trato. ¿ Por qué he de verme privado de tan delicioso comercio? ¡ Ah! si vuestra musa se dignase tener con-

migo tanta benevolencia como coquetería, y si os dignáseis escribirme alguna vez hablándome de vuestros placeres, de vuestros éxitos en la sociedad y de cuanto os interesa, desafiaria á todos los Rousseau y Desfontaines á turbar mi felicidad.

Contad, caballero, con el cariñoso y respetuoso afecto de

VOLTAIRE.

AL SEÑOR ABATE DE OLIVET

Cirey, 1736.

Mi querido maestro: Por fin recibí vuestra prosodia, librito que guarda muchas cosas, cuya ejecución era difícil, y que está muy bien compuesto. Os doy las gracias más cumplidas, y deseo grandemente conocer el resto de la obra. Decidme con toda sinceridad si creéis que la oda puede figurar al lado de las de M. Racine, y no os creáis obligado á alabar mi oda porque yo alabo vuestra prosodia. No me debéis sino la verdad lisa y llana, pues es el único presente que recibís de mí cuando os elogio; mayor favor recibiré con vuestras censuras, las cuales son indispensables para mí, que el que vos recibís con mis parabienes, inútiles de todo en todo.

¿ Qué significa, mi querido abate, una comedia intitulada *El hijo pródigo*, la cual medio París ha dado en la flor de atribuirme? Mucho me sorprende que de mí se hable todavía: quisiera vivir olvidado del público, pero nunca de vos.

A M. THIRIOT

Leyden, 17 de enero de 1737.

Cierto es, mi querido amigo, que estuve muy enfer-

mo; pero la viveza de mi temperamento suplió las fuerzas; son éstos delicados resortes que me lanzan á la tumba, pero que de ella me retiran presto. Vine á Leyden para consultar con el doctor Boerhaave sobre mi salud y con S'Gravesande sobre la filosofía de Newton. El príncipe real me llena todos los días de admiración y reconocimiento; se digna escribirme como si fuera su amigo, y me dedica versos franceses como los que en Versalles se escribían en la época del buen gusto y de los placeres. ¡Lástima que semejante príncipe no tenga rivales! En todas mis cartas deslizo alguna palabra relativa á vos; y si mi cariñosa amistad puede seros de alguna utilidad, ¿no me consideraré con ello sobradamente feliz? No vivo sino para la amistad, y por eso permaneci tanto tiempo en Cirey; sólo la amistad puede hacerme volver á Francia. El príncipe real me ha enviado al conde de Borck, embajador del rey de Prusia en Inglaterra, para ofrecerme su casa de Londres, si es que me determinaba á ir allá como se había sonado: en suma, aquí se me trata mucho mejor de lo que me merezco. El librero Ledet, que gana algo con la venta de mis endebles obras y que de ellas prepara ahora una edición magnífica, muestra mayor agradecimiento que ingratitud los de Paris. Obligóme á alojarme en su casa para cuando vuelva á Amsterdam á ver qué vida lleva la filosofía newtoniana; ha resuelto tomar como enseña la cabeza de vuestro amigo Voltaire. La modestia que debe acompañarnos siempre, me imposibilita participaros el exceso de consideración de que soy objeto.

Ignoro qué impertinente gaceta miserable, eco de nuevas más miserables todavía, propaló la especie de que yo me largué al extranjero para escribir con libertad mayor. Desmiento semejante impostura declarando

en la *Gaceta* de Amsterdam que desapruebo cuantos rumores se lancen al viento en que mi nombre figure, así en Francia como en extranjeras tierras, y que nada reconozco sino lo que proceda de fuente conocida. Confundiré á mis enemigos no dejándoles ningún motivo de que me ataquen, y me cabrá el consuelo de que habrán de mentir para perjudicarme.

Goza de mucho crédito, aquí según veo, el gobierno francés, y lo que me ha llenado de encanto es que los holandeses se muestran más envidiosos de nuestra compañía de Indias que Rousseau de mi persona. Hoy he visto algunos negociantes que adquirieron en la última venta de Nantes lo que en Amsterdam no hallaron. Nuevas son éstas de que Pollion puede servirse para con el ministro cuando la ocasión lo requiera; pero como yo doy importancia mayor á los buenos versos que á los negocios y á la política, tratad de señalarme los que veáis poco felices en las composiciones de que me habláis. Tan severo soy como vos, cuando menos, y en los intervalos que la filosofía me deja libres, enviando cuantas obras poéticas compuse desde *Edipo* hasta el *Templo de la Amistad*. Os dedicaré algunas, y serán aquéllas en que ponga mayor esmero.

Á M. DE S'GRAVESANDE

Cirey, 1737.

Señor: Sin duda recordáis la calumnia absurda que rodó por el mundo durante mi permanencia en Holanda, al par que conocéis el alcance de nuestras supuestas disputas sobre el espinosismo y las cuestiones religiosas. Os indignaron tanto éstas mentiras, que os dignasteis refutarlas públicamente; pero la calumnia penetró hasta la corte de Francia sin que la refutación

llegara: el mal tiene alas y el bien camina á paso de tortuga. No acertaríais á adivinar la negrura con que se ha escrito y hablado al cardenal de Fleury; todos mis bienes están en Francia, y me veo en la necesidad de destruir una impostura que, en vuestro país, me limitaría á menospreciar, siguiendo vuestra conducta.

Permitid, pues, amable y respetable filósofo, que solicite con urgencia vuestra ayuda para que la verdad resplandezca. Aun no he escrito al cardenal para justificarme. Si constituye una situación humillante para un hombre el hacer su apología, es, en cambio, cosa hermosa el tomar á pechos la defensa de un inocente. Este papel es digno de vos y os lo propongo como á un hombre cuyo espíritu es digno de su corazón. Escribid al cardenal; dos palabras y vuestro nombre harán portentos y milagros, os lo aseguro: de ningún modo dejará de creer á un hombre habituado á demostrar la verdad. Os doy las gracias más rendidas y jamás se borrarán de mi memoria las que me enseñasteis. Sólo abrigo un sentimiento, y es el de no recibirlas de vuestros labios; y como no puedo oiros, me conformo con leerlos. El amor de la verdad me llevó á Leyden; sólo la amistad pudo arrancarme de ahí; y sea cual fuere el lugar en que me encuentre, guardaré hacia vos la afección más cariñosa y la estimación más perfecta.

AL PRÍNCIPE REAL DE PRUSIA

Octubre de 1737.

Monseñor: Muy doloroso es que Cirey esté tan lejos del trono de Remusberg; así los beneficios que me otorgáis y las órdenes que me enviáis permanecen largo tiempo en el camino. Recibi el 10 de octubre una carta del 16 de agosto, llena de versos, excelente moral, buen

metafísica, generosos sentimientos y una bondad que encanta mi corazón. ¡Ah, monseñor! ¿por qué habéis nacido príncipe? ¿Por qué no sois, al menos durante uno ó dos años, un hombre como todos los demás? Cabríame de esta suerte el placer de veros, que es el único que echo de menos desde que os dignáis escribirme. Vos sois como el dios de Abraham, como el de Isaac y el de Jacob, y comunicáis con los fieles por el ministerio de los ángeles. Nos enviasteis al ángel Cesarión, el cual volvió muy luego hacia su empireo; tuvimos ocasión de contemplaros en la persona de vuestro embajador; el veros frente á frente es una dicha que no nos es dable disfrutar; pertenece sólo á los elegidos de Remusberg.

Nuestro pequeño paraíso de Cirey presenta sus respetos humildísimos á vuestro empireo, y la diosa Emilia se prosterna ante Gott-Federico. Á mis manos llegó al fin, al cabo de mil rodeos, esa hermosa carta, la oda y el tercer cuaderno de metafísica volfiana; beneficios son éstos que los otros reyes, esos pobres hombres que no son sino reyes, son incapaces de otorgar.

Sobre esa metafísica (algo extensa y sobrado repleta de lugares comunes, pero admirable, muy bien tramada y á trechos profunda) os diré, monseñor, que no veo jota en el ser simple de Wolf. Véome de pronto trasladado á una región cuyo ambiente es para mí irrespirable, á una tierra en que no puedo fijar mi planta, en tre gentes cuya habla desconozco. Si yo me preciara de entender este idioma, acaso me arriesgara á disputar con Wolf, sin faltarle al respeto debido, se entiende, y negaría, por ejemplo, rotundamente su definición de la extensión, la cual, según él, es la continuidad de los seres. El espacio puro es extenso y no ha menester del arrimo de otros seres para serlo. Si Wolf niega el es

pacio puro, pertenecemos á dos religiones distintas; que él permanezca en la suya, yo me quedaré con la mía. Soy tolerante y encuentro bueno que se piense como no pienso yo, pues nada importa el que todo esté lleno ó no; yo estoy lleno de afección hacia él.

Nunca concluiría de dar gracias á vuestra alteza por las mercedes que le debo. Os dignáis ofrecerme unas memorias relativas á lo que el zar ¹ hizo por el bien de la humanidad; esto es precisamente lo que os incumbe más de cerca, el ejemplo que debéis sobrepujar y el tema que yo debo tratar. Vos habéis nacido para imperar sobre humanos más dignos que los súbditos del soberano ruso; poseéis todas las prendas que faltaban á aquel grande hombre, señaladamente la humanidad, que tuvo la desdicha de desconocer.

En fin, para colmo de beneficios, me enviáis una nueva oda de vuestra mano. Como vos, se ocupaba César cuando era joven y tenía el tiempo á su albedrío. César y Augusto, y casi todos los emperadores magnánimos, hicieron versos; hasta los príncipes perversos los compusieron; pero no quiero deshonar la poesía.

Procedéis muy bien, gran príncipe, al ejercitar así vuestro genio, que todo lo abarca y encierra; y puesto que á la lengua francesa tributasteis el honor de conocerla tan á la perfección, constituye un excelentísimo medio de hablarla con mayor energía, el expresar en verso vuestros pensamientos, pues es la esencia de los versos el decir más y mejor que la prosa. De nuevo, pues, me permití examinar escrupulosísimamente vuestro trabajo enviándoos mi parecer sobre las cosas más nimias. Por grande que sea vuestra competencia en la lengua francesa, no lograréis adivinar, con sólo el ge-

1. Pedro el Grande.

nio, ciertos giros y expresiones que el uso establece entre nosotros. Á veces es imposible distinguir la palabra que pertenece á la prosa de la que el verso rechaza, y la que está admitida en un género de la que en otro no es de recibo. Cuando yo escribo en latín, incurro siempre en defectos análogos. Verdad es que vuestra alteza real conoce infinitamente mejor el francés que yo la lengua latina; pero, en fin, de cuentas siempre se quedan en el tintero algunos puntos y comas, y yo me encargo con anuencia vuestra de arreglar estos nimios detalles.

Ya veo que la dicha se nos muestra rara vez enteramente pura. Vuestra alteza real me escribe cartas de grande hombre y me envía obras dignas de un filósofo; mas por desgracia, el camino es largo para que esos tesoros lleguen á mis manos. El señor du Breteuil remite los encargos á un amigo que tiene algunos correspondientes, lo cual ocasiona rodeos no escasos. Me habéis tornado impaciente y ávido; me parezco á los cortesanos en lo de ser insaciable de favores nuevos. ¿Os parecía bien utilizar el conducto del señor Thiriot? Con mucho gusto se encargará de que vuestros papeles lleguen á mis manos, mediante conducto seguro, de París á Cirey.

Recibid, monseñor, con vuestra bondad acostumbrada, las sinceras protestas del profundo respeto, del cariñoso é inviolable rendimiento, de la estima y del apasionamiento, como de todos los sentimientos con que soy vuestro, etc.

AL SEÑOR ABATE MOUSSINOT

Noviembre de 1737.

Mi querido abate: Voy á poner á prueba vuestra paciencia, y bien sabe Dios que tiemblo materialmente al

dar este paso. Todo lo espero, sin embargo, de vuestra amistad, así las cosas temporales como las espirituales; tales son los dos graves asuntos de que charlaré largamente en esta carta.

El señor de Lezau me debe tres anualidades; es preciso meterle prisa sin importunarle demasiado; una carta al príncipe de Guisa es cosa que no cuesta nada y que fuera ventajosa. Los Villars y los de Auneuil deben dos anualidades; es menester, por modo cortés y prudente, recordar á ambos sus deberes para con sus acreedores. También hay que arreglar la del duque de Richelieu, transigiendo con lo que se presente. Muchas objeciones se me ocurren tocantes á lo que me propone; pero yo antepongo la conclusión á cualquier objeción. Acabad, pues, con estos asuntos pendientes; ciega-mente me encomiendo á vuestras luces, que para mí fueron siempre provechosísimas.

Prault debe entregar cincuenta francos á vuestro señor hermano; tal es mi voluntad; es un pequeño presente, una bagatela que había entrado en mi trato; y cuando la bagatela sea pagada, vuestro señor hermano reñirá de parte mía al negligente Prault, el cual, en el envío de libros que le pido, tarda hasta el extremo de impacientarme cruelmente; nada de cuanto me expidió hasta hoy llegó con oportunidad verdadera.

Vuestro señor hermano pedirá luego, al librero que mejor le acomode, un *Pustendorf*; la *Química de Boerhaave*, la edición más completa; una *Carta sobre la divisibilidad de la materia*, editada por Lambert; el *Índice de los treinta primeros tomos de la Historia de la Academia de Ciencias*; Mariotte, *De la naturaleza del aire*; idem, *Del frío y del calor*, y Boyle, *De ratione inter ignem et flammam*, algo difícil de encontrar; vuestro hermano se las compondrá como guste.

Otros encargos: dos resmas de papel ministro y otras dos de papel de cartas, ambas cosas de Holanda; doce barras de lacre, una esfera copernicana, una lente convexa ó vidrio ustorio de los mayores que puedan encontrarse; mis estampas del Luxemburgo, dos esferas con sus pies correspondientes, dos termómetros, dos barómetros (los más largos son los mejores), dos planchas bien graduadas, dos tarteras y dos retortas. En materia de compras antepongo siempre lo bueno un poco caro á lo mediano menos costoso.

Todo lo enumerado se destina al literato que intenta seguir las huellas de los Fontenelle, Boyle, Boerhaave y otros sabios. Lo que sigue es para el hombre material que dirigiere malamente, que según le aconsejan necesita hacer mucho ejercicio, y que á más de estos menesteres tiene otras necesidades, á las cuales la sociedad le impele. Por consiguiente, os ruego que le compréis un buen fusil, una linda cacerina que tenga compartimientos, un sacacorchos, unas hebillas de diamantes para los zapatos; otras hebillas, también de diamantes, para las ligas; veinte libras de polvos para el pelo; diez libras de polvos de olor; una botella de esencia de jazmín, dos enormes potes de pomada de azahar, dos bolsas para empolvase, un buen cuchillo, tres esponjas finas, tres escobillas, cuatro paquetes de plumas, dos pares de pinzas para el tocador, un par de tijeras de bolsillo muy buenas, dos cepillos y, por último, tres pares de pantuflas de mucho abrigo; no sé si se me olvida algo más.

Con todo esto se harán uno, dos ó tres paquetes si es necesario. Vuestro embalador es excelente. Enviadlo todo por Joinville, no á mis señas, porque estoy en Inglaterra (os ruego que no lo olvidéis), sino á las señas de madama de Champonin.